

CAPÍTULO 8. LA FE

Otro elemento es la FE. Tan importante es para nosotros saber cómo orar como saber cómo trabajar. No se nos dice que Jesús haya enseñado alguna vez a Sus discípulos cómo predicar, pero sí les enseñó cómo orar. Quería que tuvieran poder con Dios; entonces sabía que tendrían poder con el hombre.

En Santiago leemos: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada; pero pida con fe, no dudando nada» (Santiago 1:5-6). Así que la fe es la llave de oro que abre los tesoros del cielo. Fue el escudo que David tomó cuando se encontró con Goliath en el campo; creía que Dios iba a entregar al filisteo en sus manos. Alguien ha dicho que la fe podía llevar a Cristo a cualquier parte; dondequiera que la encontraba, la honraba. La incredulidad ve algo en la mano de Dios y dice: «No puedo obtenerlo». La fe lo ve y dice: «Lo tendré».

La nueva vida comienza con la fe; entonces solo tenemos que seguir edificando sobre ese fundamento. «Por eso os digo: Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Pero téngase en cuenta que debemos estar fervientes cuando vamos a Dios.

No conozco una ilustración más vívida del clamor de angustia pidiendo ayuda a Dios, con todo el fervor de una necesidad profundamente sentida, que la que nos ofrece la siguiente historia:

Carl Steinman, quien visitó el Monte Hecla, en Islandia, justo antes de la gran erupción de 1845, después de un reposo de ochenta años, escapó por poco de la muerte al aventurarse a entrar en el cráter humeante, contra la ferviente súplica de su guía. Al borde del abismo que se abría, fue postrado por una convulsión de la cumbre, y quedó allí retenido por bloques de lava sobre sus pies. Él escribe gráficamente:

«¡Oh, los horrores de aquella terrible toma de conciencia! Allí, sobre la boca de un abismo negro y ardiente, quedé suspendido, un prisionero indefenso y consciente, a punto de ser lanzado hacia abajo por la siguiente gran sacudida de la Naturaleza temblorosa!

“¡Ayuda, ayuda, ayuda, por el amor de Dios, ayuda!”, grité, en la misma agonía de mi desesperación.

No tenía nada en qué apoyarme sino la misericordia del cielo; y oré a Dios como nunca antes había orado, pidiendo el perdón de mis pecados, para que no me siguieran hasta el juicio.

»De repente oí un grito y, al mirar alrededor, vi, con sentimientos que no puedo describir, a mi fiel guía apresurándose por los lados del cráter para socorrerme.

»“¡Te lo advertí!”, me dijo.

»“¡Sí lo hiciste!”, grité, “¡pero perdóname y sálvame, porque estoy pereciendo!”

»“¡Te salvaré, o pereceré contigo!”

»La tierra tembló, y las rocas se separaron, rodando una de ellas hacia el abismo con un sonido sordo y retumbante. Me lancé hacia adelante; agarré la mano del guía, y al momento siguiente ambos habíamos caído, abrazados el uno al otro, sobre la tierra firme de arriba. Estaba libre, pero aún al borde del pozo».

El obispo Hall, en un extracto bien conocido, expone así el punto del fervor en su relación con la oración de fe:

«Una flecha, si se tensa poco, no llega lejos; pero si se tensa hasta la cabeza, vuela veloz y penetra hondo. Así la oración, si solo se derrama débilmente de labios descuidados, cae a nuestros pies. Es la fuerza del clamor y del fuerte deseo lo que la envía al cielo y la hace penetrar las nubes. No es la aritmética de nuestras oraciones, cuántas sean; ni la retórica de nuestras oraciones, cuán elocuentes sean; ni la geometría de nuestras oraciones, cuán largas sean; ni la música de nuestras oraciones, cuán dulce pueda ser nuestra voz; ni la lógica de nuestras oraciones, cuán argumentativas puedan ser; ni el método de nuestras oraciones, cuán ordenadas puedan ser; ni siquiera la teología de nuestras oraciones, cuán buena pueda ser la doctrina; lo que Dios mira. Él no busca las rodillas callosas que se dice que Santiago tenía por la asiduidad en la oración.

Podríamos ser como Bartolomé, de quien se dice que tenía cien oraciones para la mañana y otras tantas para la tarde, y todo podría ser en vano. El fervor del espíritu es lo que mucho aprovecha».

El arzobispo Leighton dice: «No es el papel dorado y la buena escritura de una petición lo que prevalece ante un rey, sino el sentido conmovedor de ella. Y para aquel Rey que discierne el corazón, el sentir del corazón es el sentido de todo, y lo único que Él considera. Él escucha para oír lo que esto habla, y tiene todo por nada donde esto calla. Toda otra excelencia en la oración es solo la apariencia y la forma de ella. Esto es la vida de la oración».

Brooks dice: «Como un fuego pintado no es fuego, y un hombre muerto no es hombre, así una oración fría no es oración. En un fuego pintado no hay calor; en un hombre muerto no hay vida; así en una oración fría no hay omnipotencia, ni devoción, ni bendición. Las oraciones frías son como flechas sin cabeza, como espadas sin filo, como aves sin alas; no penetran, no cortan, no vuelan hacia el cielo. Las oraciones frías siempre se congelan antes de llegar al cielo. ¡Oh, que los cristianos se reprendieran a sí mismos para salir de sus oraciones frías, y se reprendieran a sí mismos para entrar en un mejor y más cálido marco de espíritu, cuando elevan sus súplicas al Señor!».

Tomemos el caso de la mujer sirofenicia. Cuando llamó al Maestro, pareció por un tiempo como si Él estuviera sordo a su petición. Los discípulos querían que fuera despedida. Aunque habían estado con Cristo durante tres años y se habían sentado a Sus pies, no sabían cuán lleno de gracia estaba Su corazón. ¡Pensar en Cristo despidiendo a una pobre pecadora que había venido a Él buscando misericordia! ¿Pueden concebir tal cosa? Nunca una vez ocurrió. Esta pobre mujer se puso a sí misma en el lugar de su hija. «¡Señor, ayúdame!», dijo. Creo que cuando llegamos hasta ese punto en el deseo ferviente de ver a nuestros amigos bendecidos — cuando nos ponemos en su lugar — Dios pronto oirá nuestra oración.

Recuerdo que, hace varios años, en una reunión, pedí a todos los que deseaban que se orara por ellos que pasaran al frente y se arrodillaran o tomaran asiento al frente.

Entre los que vinieron había una mujer; por su aspecto pensé que debía ser cristiana, pero se arrodilló con los demás. Le dije: «Usted es cristiana, ¿verdad?». Ella dijo que lo había sido por tantos años. «¿Entendió la invitación? Pedí solo a aquellos que querían hacerse cristianos». Nunca olvidaré la expresión de su rostro cuando respondió: «Tengo un hijo que se ha ido muy lejos; pensé que tomaría su lugar hoy, y vería si Dios no lo bendecía». ¡Gracias a Dios por una madre así!

La mujer sirofenicia hizo lo mismo: «¡Señor, ayúdame!». Fue una oración corta, pero llegó directamente al corazón del Hijo de Dios. Sin embargo, Él probó su fe. Dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos» (Mateo 15:26). Ella respondió: «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (Mateo 15:27). «¡Oh mujer, grande es tu fe!» (Mateo 15:28). ¡Qué elogio le hizo! Su historia nunca será olvidada mientras la iglesia esté en la tierra. Él honró su fe y le dio todo lo que pidió.

Todos pueden decir: «¡Señor, ayúdame!». Todos necesitamos ayuda. Como cristianos, ¿necesitamos más gracia, más amor, más pureza de vida, más justicia? Entonces hagamos esta oración hoy. Quiero que Dios me ayude a predicar mejor y a vivir mejor, a ser más semejante al Hijo de Dios. Las cadenas de oro de la fe nos unen directamente al trono de Dios, y la gracia del cielo fluye hacia nuestras almas.

No sé si aquella mujer era una gran pecadora; aun así, el Señor oyó su clamor. Puede ser que hasta este momento hayas estado viviendo en pecado; pero si clamas: «¡Señor, ayúdame!», Él responderá tu oración, si es una oración sincera. Muy a menudo, cuando clamamos a Dios, no queremos decir realmente nada. Ustedes, madres, entienden eso. Sus hijos tienen dos voces. Cuando le piden algo, ustedes pueden distinguir pronto si el clamor es fingido o no. Si lo es, no le prestan atención; ¡pero si es un verdadero clamor de ayuda, con qué rapidez

responden! El clamor de angustia siempre trae alivio. Su niño está jugando alrededor y dice: «Mamá, quiero un poco de pan», pero sigue jugando. Usted sabe que no tiene mucha hambre; así que lo deja. Pero, con el tiempo, el niño deja los juguetes y viene tirando de su vestido: «Mamá, tengo mucha hambre». Entonces usted sabe que el clamor es real; pronto va a la despensa y consigue un poco de pan. Cuando estamos verdaderamente hambrientos del pan del cielo, lo obtendremos. Esta mujer estaba terriblemente ferviente; por lo tanto, su petición fue respondida.

Recuerdo haber oído hablar de un niño criado en un asilo inglés. Nunca había aprendido a leer ni a escribir, salvo que podía leer las letras del alfabeto. Un día, un hombre de Dios llegó allí y les dijo a los niños que si oraban a Dios en sus problemas, Él les enviaría ayuda. Después de un tiempo, este niño fue puesto como aprendiz de un granjero. Un día fue enviado al campo a cuidar unas ovejas. Estaba pasando un momento difícil; así que recordó lo que el predicador había dicho, y pensó en orar a Dios al respecto. Alguien que pasaba por el campo oyó una voz detrás del seto.

Miraron para ver de quién era, y vieron al pequeño de rodillas, diciendo: «A, B, C, D», y así sucesivamente. El hombre dijo: «Muchacho, ¿qué estás haciendo?». El niño levantó la vista y dijo que estaba orando. «¿Por qué? Eso no es orar; es solo decir el alfabeto». Él dijo que no sabía exactamente cómo orar, pero que un hombre había llegado una vez al asilo y les dijo que si clamaban a Dios, Él los ayudaría. Así que pensó que si nombraba las letras del alfabeto, Dios las tomaría y las convertiría en una oración, y le daría lo que quería. El pequeño realmente estaba orando.

A veces, cuando tu hijo habla, tus amigos no pueden entender lo que dice; pero la madre entiende muy bien. Así que si nuestra oración sale del corazón, Dios entiende nuestro lenguaje. Es una ilusión del diablo pensar que no podemos orar; podemos hacerlo, si realmente deseamos algo. No es el lenguaje más hermoso ni el más elocuente el que trae la respuesta; es el clamor que sube de un corazón cargado. Cuando esta pobre mujer gentil clamó:

«¡Señor, ayúdame!», el clamor recorrió los alambres divinos y la bendición llegó. Así que usted puede orar si así lo desea; es el deseo, la aspiración del corazón, lo que Dios se complace en oír y en responder.

Luego debemos esperar recibir una bendición. Cuando el centurión quiso que Cristo sanara a su siervo, pensó que no era digno de ir y pedirle al Señor él mismo, así que envió a sus amigos para hacer la petición. Envío mensajeros para encontrarse con el Maestro y decirle: «No te molestes en venir; todo lo que tienes que hacer es decir la palabra, y la enfermedad se irá». Jesús dijo a los judíos: «Ni aun en Israel he hallado tanta fe». Se maravilló de la fe de este centurión; le agradó, de modo que sanó al siervo allí mismo. La fe trajo la respuesta.

En Juan leemos acerca de un noble cuyo hijo estaba enfermo. El padre cayó de rodillas ante el Maestro y dijo: «Señor, desciende antes que mi hijo muera». Aquí tenemos tanto sinceridad como fe; y el Señor respondió la oración de inmediato. El hijo del noble comenzó a mejorar esa misma hora. Cristo honró la fe del hombre.

En su caso, no había nada en qué apoyarse sino la simple palabra de Cristo, pero esto fue suficiente. Es bueno tener siempre presente que el objeto de la fe no es la criatura, sino el Creador; no el instrumento, sino la Mano que lo maneja.

Richard Sibbes lo expresa así: «El objeto de la fe es Dios, y Cristo como Mediador. Debemos tener ambos para fundamentar nuestra fe. No podemos creer en Dios, si no creemos en Cristo. Porque Dios debe ser satisfecho por Dios; y por Aquel que es Dios debe aplicarse esa satisfacción — el Espíritu de Dios — obrando la fe en el corazón, y levantándola cuando está abatida. Todo es sobrenatural en la fe. Las cosas que creemos están por encima de la naturaleza; las promesas están por encima de la naturaleza; el que la obra, el Espíritu Santo, está por encima de la naturaleza; y todo en la fe está por encima de la naturaleza. Debe haber un Dios en quien creemos, y un Dios por medio del cual podamos saber que Cristo es Dios — no solo por lo que Cristo ha hecho, los milagros, que nadie podía hacer sino Dios, sino también por lo que se le hace a Él. Y dos cosas se le hacen a Él, que muestran que Él es Dios — es decir, fe y oración. Debemos

creer solo en Dios, y orar solo a Dios; pero Cristo es el objeto de ambas. Aquí se le presenta como el objeto de la fe, y de la oración en aquello de San Esteban: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Y, por tanto, Él es Dios; porque se le hace aquello que es propio y peculiar solo de Dios. ¡Oh, qué fundamento tan fuerte, qué base y cimiento tiene nuestra fe! Están Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y Cristo el Mediador. Para que nuestra fe sea sostenida, tenemos a Aquel en quien creer, que sostiene los cielos y la tierra.

“No hay nada que pueda interponerse en el camino del cumplimiento de cualquiera de las promesas de Dios que no sea conquistable por la fe”.

Como dice Samuel Rutherford, comentando el caso de la mujer sirofenicia: “Véase el dulce uso de la fe bajo una triste tentación; la fe comercia con Cristo y con el cielo en la oscuridad, sobre la base de la confianza y el crédito, sin ver ninguna garantía del amanecer: Bienaventurados los que no han visto, y sin embargo han creído. Y la razón es porque la fe está fortalecida y robustecida con valor espiritual; de modo que puede mantener una ciudad fortificada contra el infierno, sí, y mantenerse firme bajo las imposibilidades; y aquí hay una mujer débil, aunque no como mujer, sino como creyente, resistiendo a Aquel que es “el Dios Fuerte, el Padre de los Siglos, el Príncipe de Paz”. Solo la fe se mantiene firme y vence a la espada, al mundo y a todas las aflicciones. Esta es nuestra victoria, por la cual un hombre vence al gran y vasto mundo».

El obispo Ryle ha dicho de la intercesión de Cristo como fundamento y garantía de nuestra fe: «El billete de banco sin una firma al pie no es más que un pedazo de papel sin valor. El trazo de una pluma le confiere todo su valor. La oración de un pobre hijo de Adán es algo débil en sí mismo, pero una vez respaldada por la mano del Señor Jesús, vale mucho. Había un oficial en la ciudad de Roma que había sido designado para tener sus puertas siempre abiertas, a fin de recibir a cualquier ciudadano romano que acudiera a él en busca de ayuda. Así también el oído del Señor Jesús está siempre abierto al clamor de todos los que necesitan misericordia y gracia. Es su oficio ayudarlos. Su oración es su deleite. Lector, piensa en esto. ¿No es este un estímulo?

Cerremos este capítulo refiriéndonos a algunas de las propias palabras de nuestro Señor concernientes a la fe en su relación con la oración:

«Y viendo una higuera en el camino, vino a ella, y no halló nada en ella sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante se secó la higuera. Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, diciendo: ¡Cómo se secó en seguida la higuera! Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo que si tenéis fe, y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis».

Así también nuestro Señor dice: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré». Y además: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho». «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo».

Tened Fe En Dios

*«Tened fe en Dios, porque Aquel que reina en lo alto
Ha llevado tu dolor, y escucha el suspiro del suplicante;
Aún a sus brazos, tu único refugio, huye,
¡Ten fe en Dios!*

*»No temas invocarle, ¡oh alma angustiada!
El susurro de tu pena te atrae a su pecho;
El que allí está más a menudo, es el más bendecido.
¡Ten fe en Dios!*

*»No te apoyes en las cañas de Egipto;
no apagues tu sed En cisternas terrenales.
Busca primero el reino. Aunque el hombre y Satanás te asusten con lo peor,
¡Ten fe en Dios!*

*»¡Ve, cuéntale todo! El suspiro que tu pecho exhala
Es oído en el cielo. Fuerza y paz da Aquel
que se entregó por ti. Nuestro Jesús vive;*

¡Ten fe en Dios!»
- *Anna Shipton.*